

### 3. El hombre como «sacerdote»: esperanza y «espera impaciente» de la creación

En el anterior capítulo hemos expuesto la visión del mundo como creación de Dios, típica de la Iglesia cristiana, a través de los teólogos más representativos de esta visión en los primeros siglos. Contra el gnosticismo, esta visión cristiana subrayó que Dios Padre mismo, a través de sus dos propias manos (el Hijo y el Espíritu Santo), tal como explica Ireneo,<sup>9</sup> creó libremente y por amor el universo material. Contra los platónicos y el pensamiento pagano griego en general, puso el acento sobre la creación del mundo «de la nada», en el sentido absoluto que incluye el término, eliminando así cualquier afinidad natural entre Dios y lo creado y al mismo tiempo cualquier visión del mundo como eterno, coexistente con el único ser eterno e inmortal que es Dios. Esto es una manera alternativa de afirmar que el mundo es contingente, que podría no haber existido, y que su existencia es un *don libre*, no una necesidad.

Pero la afirmación de que el mundo surge de la nada en el sentido descrito y que no tiene afinidad natural con el Dios eterno e inmortal tiene precisas consecuencias lógicas y existenciales. En efecto, significa que la creación

---

<sup>9</sup> *Adv. Haer.* V,28,4.

se encuentra bajo la espada de Damocles del retorno a la nada, una amenaza que cada ser creado concreto advierte en el decaimiento y en la muerte. El miedo a la muerte, así ampliamente difundido en la creación, implícitamente presente en el intento de toda criatura de sobrevivir cueste lo que cueste, no es un miedo al *sufrimiento* que la muerte puede causar, sino más bien al retorno a la nada que implica. Parece que los naturalistas afirman hoy esto, puesto que también parece que asumen la perspectiva –al menos no la excluyen– según la cual el universo ha surgido de la nada. Sea en el ámbito lógico o en el existencial, la doctrina de la creación del mundo de la nada implica que el mundo *pueda* extinguirse, porque no tiene la capacidad natural de sobrevivir.

De todas maneras la fe cristiana camina poco a poco con la esperanza y con el amor. Si Dios ha creado el mundo por amor –¿qué otro móvil le podemos atribuir, sabiendo todo lo que ha hecho por el mundo?– tiene que haber una esperanza para la supervivencia del mundo. ¿Pero cómo? Una fácil respuesta, tal vez simplista, podría ser que, puesto que Dios es omnipotente, simplemente disponga que las cosas sucedan de manera que el mundo pueda sobrevivir a pesar de su contingencia. En otras palabras, un milagro continuo podría salvar al mundo. Quizás esta es la respuesta que la mayor parte de los pueblos se da frente al fin del mundo; pero la fe cristiana no cree en soluciones que comporten un *deus ex machina*. No podemos, como los griegos, introducir la intervención divina al final de una tragedia, donde todo se mueve con una precisión matemática hacia la destrucción. En el acto de la creación Dios no dejó al

mundo sin los medios para su supervivencia. Esto ¿qué significa?

Hacia el final del capítulo precedente hemos afirmado categóricamente que no podemos introducir soluciones al problema de la supervivencia de lo creado que sean lógicamente inconsistentes con la doctrina de la *creatio ex nihilo* y con todas sus implicaciones. Sobre todo no podemos introducir en el mundo capacidades naturales para su supervivencia. En la conclusión del anterior capítulo hemos dicho que la solución del problema se sitúa en la creación del hombre. Ahora intentemos ver cómo y por qué el ser humano es entendido por la fe cristiana como el ser capaz de responder a una misión parecida; así llegaremos a ilustrar con alguna idea todo lo que intentábamos decir anteriormente cuando hemos denominado al hombre «sacerdote de la creación». Sobre esta base intentaremos, pues, sacar algunas conclusiones finales en lo que se refiere a la relación entre teología y problema ecológico.